

La República en España no fué una democracia

ARRIBA

20 de Marzo de 46

Las elecciones del 12 de abril las perdieron los republicanos.--Las izquierdas, en 1934, prefirieron la guerra civil al acatamiento de la soberanía nacional.--Crímenes, anarquía y barbarie del Frente Popular

Todos los que se precian de demócratas y admitan con honrada y sincera limpieza la pureza de los principios y los dogmas de la democracia política tienen que reconocer que la República en España advino en 1931 de una manera completa, rotunda y absolutamente legal.

La República del 14 de abril fué

hija espúrea y sistemática de un contubernio del motín populachero con la cobardía monárquica.

¿Pruebas? Ahí van irrefutables, irreprochables, contundentes:

La República dijo nacer de la voluntad popular manifestada en unas elecciones.

Eso es completamente mentira:

1.º Porque en las elecciones del 12 de abril el pueblo español eligió 22.150 concejales monárquicos y 5.775 concejales republicanosocialistas, según datos electorales publicados oficialmente por el propio régimen republicano, después de su encaramamiento en el Poder.

2.º Porque las elecciones eran sencillamente para designar a los administradores de los Concejos, no para decidir sobre el régimen político nacional.

Ambas razones no pueden ser rebatidas por ningún demócrata de verdad.

El llamado Gobierno provisional no fué otra cosa que una Junta facciosa, revolucionaria, que, apoyada en las turbas y en cierto ambiente de las grandes poblaciones, coaccionó a un Gobierno de monárquicos débiles, vergonzantes y cobardes que no supieron defender la legalidad democrática representada por los 22.150 concejales monárquicos triunfantes.

Así nació la República.

¿Qué hizo después?

Todas lo saben y no vamos a

recordar la historia de aquella brutalidad, sin precedentes en Europa, que fué el quemar en Madrid 180 conventos, iglesias y centros de enseñanza, con sus laboratorios y bibliotecas. Hemos dicho brutalidad. Pero fué Ortega y Gasset (don José), entonces diputado de «Al Servicio de la República», el que calificó todo aquello de «casquerosas escenas incendiarias».

Pues esas escenas se repitieron por toda España entre motines, atentados, huelgas sin sentido y episodios trágicos, como aquellos de Castilblanco y Casas Viejas, con sus correspondientes «tiros a la harriga». Pero tampoco vamos a hacer historia de eso, puesto que ahora lo que nos interesa es seguir la línea de la legalidad democrática de la llamada segunda República española.

En noviembre de 1933 hubo elecciones generales, después de dos años de gobierno republicano. Elecciones limpias, hechas desde la oposición. Merece la pena recordar su resultado:

Partidos de derecha. . .	179	dipdos.
Partidos de centro. . .	134	>
Partidos de izquierda. . .	63	>

Y conste que los partidos de derechas que obtuvieron el triunfo no eran los de violenta oposición al régimen, como los requetés y falangistas, sino partidos tímidos y blandos que aceptaban la República, su bandera y hasta el «chin

chín» de su «Himno de Riego». Estos partidos sólo aspiraban a una modestísima reforma constitucional hecha por procedimientos puramente legales.

Las derechas colaboracionistas triunfantes tardaron varios meses en decidirse a ocupar unas carteras, en minoría, dentro del Gobierno, a pesar de su aplastante victoria electoral, que los hacía árbitros del Parlamento.

Pues bien; ante ese hecho las izquierdas, en nombre de la democracia entendida a su modo, exclamaron al unísono:

«ANTES LA GUERRA CIVIL»

Es decir, que cuando el triunfo electoral no favorecía sus planes

HEMEROTECA
F. MERINO SANCHEZ



quitaban la máscara a preferían la guerra civil.

Y hubo guerra civil en octubre de 1934 en Asturias y Cataluña. Y se intentó paralizar la vida en Madrid y otras grandes ciudades. Y se asesinaron cobardes y alevosamente 18 religiosos y varias personas civiles en el cementerio de Turón, algunas tan conocidas por sus obras benéficas como el ilustre ingeniero don Rafael de Riego. Y se asesinó bárbaramente a la salida de Oviedo a once adolescentes, estudiantes del Seminario.

De este modo, como protesta contra la razón democrática, las izquierdas y el marxismo iniciaron en la sociedad española de nuestros días el procedimiento de matar friamente por ideas.

Por su parte, la amalgama centroderechista que ocupó el Poder gobernó sobre el triunfo sin gallardía y sin inteligencia. Un sargento esquizofrénico y un pobre diablo de Oviedo llamado «el Pichilato» fueron, al parecer, los únicos responsables de aquella catástrofe, que produjo en total cerca de 5.000 muertos.

Y llegaron las elecciones del llamado Frente Popular, amasijo de burgueses resentidos, de ácratas y de marxistas, que llevaron a las elecciones la fácil bandera de la amnistía para los asesinos de Turón.

El resultado de las elecciones fué el siguiente, según las cifras oficiales dadas bajo el Gobierno del Frente Popular:

Nacionalistas y derechas	4.570.000
Frente Popular	4.356.000
Centro	340.000

Antes de conocerse las cifras definitivas de los escrutinios el Comité del Frente Popular ocupó el Poder, y, claro está, con el respeto que a la pureza democrática ya había demostrado en octubre de 1934, amasó un Parlamento a su gusto.

Lo que fué la vida española durante los meses que gobernó el Frente Popular también lo recuerdan todos. El Gobierno, desde el banco azul y por boca del simpático Casares Quiroga, se declaró beligerante contra los españoles que no pensasen como ellos. En fin, limitémonos a una estadística que lo dice todo y que fué presentada al Parlamento el 16 de junio de 1936:

Iglesias totalmente destruidas	160
Parcialmente destruidas	257
Muertos en atentados y algaradas	269
Heridos	1.257
Centros políticos o religiosos destruidos	312
Periódicos destruidos	10
Asaltados y con averías	33

El ilustre periodista inglés mister Allison-Peers, en el libro que publicó poco después sobre España con el expresivo título de «The Spanish tragedy» escribía: «La desgraciada España corría rápidamente hacia una situación de caos total.» Y era verdad.

Bajo el signo agresivo, áspero y sangriento del Frente Popular la situación general del país empeoraba por momentos. Muchas gentes huían al extranjero. La vida económica nacional sufría un fuerte colapso, no fué sólo esa anarquía, que sumía al país en el caos, la descomposición y la ruina; no fueron sólo las algaradas, los atentados y los atracos a mano armada en los caminos. Hubo algo más terrible y algo inconcebible dentro de un Estado civilizado. Fué el asesinato de Calvo Sotelo.

Fuó el asesinato llevado a cabo por el propio Estado republicano, por sus agentes, con la autorización y el amparo de sus organismos, ejecutado por la mano de los oficiales de su Policía.

Aquel crimen alevoso y cobarde fué el cartucho que hizo saltar la mina. Leyes, Tribunales, normas jurídicas, garantías ciudadanas, toda una complicada máquina política creada por siglos de estudio y de experiencia se había resquebrajado y hundido con la trepidación de los disparos que en un amanecer madrileño dieron fin a la vida de un patriota insigne que por ellos alcanzaba el martirio y la inmortalidad.

Fuó aquél el primer «paseo», que hizo posible toda la serie de horrores que inmediatamente después se abatieron sobre toda la geografía de España. Ya no podía prolongarse ni por un minuto más la farsa inicua y sangrienta de la democracia «frentepopulista». La revolución violenta, dominante, aparecía clara y descubierta. El exterminio de la burguesía y del clero que ordenaban en su párrafo sexto las Instrucciones del Komintern del 29 de febrero (que publicaremos en el artículo de mañana) empezaba a cumplirse, y en las más altas cabezas. Había que vencer a la revolución violentamente o resignarse a perecer entre sus garras. Con la muerte de Calvo Sotelo el grito de combate estaba dado.

X a él respondió la mejor parte de la juventud española. La gesta comenzó en los campos del África sarracena. En la Península, bajo el sol caliente del estío, los jóvenes de España alzaban banderas y empuñaban fusiles, y una torrentera impetuosa de mozos navarros, alaveses, castellanos, gallegos, andaluces, de las regiones todas, cruzaron cantando los Hinos de Castilla, con las boinas bermejas de las carlistadas o las camisas azules de los falangistas —alpargata, manta y fusil—, hacia la reconquista de la propia Patria.